

A dark, atmospheric illustration of a rainy night. In the background, a gazebo with a lit lamp inside stands under a full moon and heavy clouds. Rain falls vertically across the scene. In the middle ground, a wooden bench is on the left, and faint silhouettes of people are visible in the mist. Musical notes float in the air. In the foreground, an open book with a quill pen resting on it sits on a wet surface.

LA CALMA ANTES DE LO INCIERTO

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	<i>1</i>
<i>Capítulo 1 – La banca que no olvidó.....</i>	<i>3</i>
<i>Capítulo 2 – La chica que le hablaba a la luna</i>	<i>5</i>
<i>Capítulo 3 – La espera no tiene reloj</i>	<i>6</i>
<i>Capítulo 4 – Los días que no existen.....</i>	<i>8</i>
<i>Capítulo 5 – Sombras que se quedan.....</i>	<i>10</i>
<i>Capítulo 6 – Lo que el tiempo no revela.....</i>	<i>12</i>
<i>Capítulo 8 – Ecos en la penumbra</i>	<i>13</i>
<i>Capítulo 9 – El susurro de los días perdidos</i>	<i>15</i>
<i>Capítulo 10 – La calma antes de lo incierto</i>	<i>16</i>
<i>Epílogo</i>	<i>18</i>
<i>Sinopsis</i>	<i>20</i>

Prólogo

Hay historias que no se cuentan con palabras, sino con silencios. Historias que se esconden en la lluvia, en los parques vacíos, en las miradas que se cruzan sin necesidad de hablar. Esta es una de esas historias.

Ella llegó sin anuncio, como un suspiro que se cuela en el viento. No la vi llegar, pero su presencia cambió todo. Lo que parecía cotidiano se volvió un juego de sombras y luces, de esperas y encuentros que parecían casuales, pero nunca lo fueron.

En este libro, no encontrarás certezas ni respuestas claras. Encontrarás preguntas, huellas, fragmentos de un misterio que solo se revela poco a poco. Un misterio que tiene nombre, pero que aquí solo llamaremos “ella”.

Lo que viene es un viaje. Un camino que atraviesa el tiempo, el amor, el destino y las casualidades. Un juego de espejos donde cada reflejo esconde algo más profundo.

Prepárate para perderte y para encontrarte. Para escuchar lo que la lluvia susurra y para entender que algunas historias no terminan, solo cambian de forma.

Esta es la historia de “ella” y de aquel que aprendió a esperarla en la banca que no olvida.

Capítulo 1 – La banca que no olvidó

No todos los lugares son geográficos. Algunos son memorias disfrazadas de espacio. Esta banca, por ejemplo. Nadie sabe quién la mandó a hacer, ni por qué está justo frente al quiosco del parque, ni por qué resiste sin que la repinten. Pero ella lo sabe. Ella siempre supo que era más que madera. Y yo también.

Aquella tarde no llovía con furia. Era una lluvia tímida, de esas que no mojan pero avisan. El tipo de lluvia que parece tener dudas. Caminé sin apuro, como siempre. Sin mapa, sin rumbo. Sin la intención de llegar, pero con la sospecha de que alguien me estaría esperando donde no lo había prometido.

Ella no estaba cuando llegué. Pero sí su ausencia. Esa forma de presencia muda que solo alguien como ella puede dejar en el aire. Me senté. La banca crujió como si se alegrara. O como si dijera “ya era hora”.

En mi mochila llevaba el cuaderno. El viejo, el que tiene la tapa mordida por el tiempo y un par de canciones escondidas entre sus hojas. No pensaba escribir. Solo lo cargo porque a veces las palabras aparecen cuando menos las busco.

La lluvia seguía, más necia que intensa. El quiosco, frente a mí, se mantenía como un testigo que no interrumpe. Y entonces, vi algo: una figura. No corría. Caminaba con la prisa de quien quiere parecer tranquila.

Ella.

No la llamé. No podía. Había un pacto tácito entre nosotros: si coincidimos, que parezca accidente. Que nadie piense que lo planeamos. Que la casualidad conserve su magia.

Ella cruzó hacia el quiosco y se quedó en el borde, de pie, mirando la lluvia. Como si la escuchara hablarle. Yo fingí que escribía. Ella fingió que no me vio.

Pasaron cinco minutos así. Tal vez diez. El tiempo, con ella, se comporta distinto. Se estira, se encoge.

Se ríe de los relojes.

—¿Tardaste o vine temprano? —preguntó sin mirarme.

No respondí enseguida. Cerré el cuaderno con calma.

—Tal vez llegamos cuando se suponía que debíamos —dije.

Se sentó. No junto a mí. A dos tablas de distancia. Su perfume era leve. Una mezcla de viento, noche y algo que olía a recuerdo.

No hablamos más. No lo necesitábamos. Ella miraba la lluvia. Yo la miraba a ella. Y la banca, vieja cómplice, entendía todo.

Y aunque ninguno de los dos lo dijo, sabíamos que esa tarde se escribiría sola. Que tal vez no era la primera vez que ocurría. O tal vez sí. Pero lo que más importaba era que había comenzado.

El libro. El juego. La espera.

Ella.

Y la banca, que no olvida.

Capítulo 2 – La chica que le hablaba a la luna

Ella decía que la luna la escuchaba mejor que las personas. Que no la juzgaba, que no interrumpía, que no se dormía a mitad de conversación. A veces, hablaba con ella como si fuera alguien más. Como si fuese su madre, su amiga, o incluso yo. Y yo la dejaba. Porque no hay mejor forma de conocerla que cuando ella se cree sola.

Una noche, mucho antes de la banca, antes del cuaderno y antes del pacto de los silencios, me la encontré en la colina del parque, con las piernas cruzadas, mirando hacia el cielo con la atención de quien lee algo escrito allá arriba. No me vio llegar. No me oyó. Hablaba sola, pero su voz era suave. Como si temiera que la luna también pudiera ofenderse si le gritaban.

—No lo entiendo —le dijo—. A veces siento que viene, que está por venir... y nada. Se tarda, como si jugara. Como si no supiera que ya esperé suficiente.

Yo no podía moverme. Me sentía como un ladrón, robándole palabras que no eran para mí. Pero cada sílaba era una puerta que ella dejaba abierta sin saberlo.

—Pero igual lo espero, ¿sabés? Porque si no viene hoy, viene mañana. Y si no, la luna me lo recuerda. Me dice: tranquila, que va a llegar con una canción nueva o con un silencio que duela bonito.

Me alejé sin decir nada. Aquella noche no podía presentarme. Hubiera roto algo. No sé si la magia o el misterio. Tal vez los dos. Me fui con esa frase clavada en el pecho: *“se tarda, pero llega con algo que duele bonito.”*

Desde entonces, cada vez que la luna está llena, sé que ella la está mirando. Tal vez no le hable ya. Tal vez ahora guarde las palabras que antes soltaba al cielo. Pero yo la imagino ahí, con los brazos cruzados, hablando en voz baja:

—Otra vez tarde... pero lo esperé igual.

Y la luna, cómplice vieja, no dice nada. Solo brilla.

Capítulo 3 – La espera no tiene reloj

Hay silencios que no son olvido, sino rituales. Como quien se detiene a oler el café antes de beberlo, o a mirar el mar antes de tocar el agua. Así era él. Un alma que no respondía de inmediato, que pensaba demasiado, o simplemente sentía demasiado para apresurarse. Pero a ella eso le desesperaba, aunque jamás lo admitiría.

Ella siempre decía que la vida era una sucesión de ahora o nunca, que todo lo que se tarda pierde sabor, como una canción que se queda a medias. Él, en cambio, vivía con la certeza de que lo que vale la pena sabe esperar. Pero no lo decía. Prefería los gestos, los detalles que no gritan. Y ahí estaba el problema: no todos saben leer lo que no se dice.

Aquella tarde en el parque, llovía como si el cielo supiera. Ella había llegado antes, claro, porque así era siempre: impaciente, pero puntual. Se metió bajo el quiosco, miró el cielo como buscando respuestas, y se cruzó de brazos. Sabía que él llegaría tarde, pero también sabía que llegaría con algo que le dolería bonito. Así lo hacía siempre. Como cuando apareció con aquella piedra con forma de corazón que había encontrado entre el río. O cuando le escribió una carta sin nombre, con tinta azul, diciendo que el universo se había quedado con su aliento desde que la conoció.

—No me gusta esperar —le dijo una vez—, pero me gusta que seas tú a quien espero.

Él no respondió. Solo sonrió. Porque la impaciencia de ella era parte del hechizo. Como si cada minuto de su espera creara una huella más profunda en su historia. Y él, que era un constructor de memorias silenciosas, sabía que no había amor sin una pizca de ansiedad.

La espera, en su mundo, no tenía reloj. Se medía de otra forma. Se medía en suspiros, en mensajes no enviados, en canciones que uno no sabe por qué repite. Ella era un torbellino de “ya”, de “ahora”, de “por qué no vienes”, y él... él era un calendario que no seguía días, sino latidos.

Aquella tarde, cuando finalmente apareció bajo la lluvia, empapado y sin paraguas, ella solo lo miró

con rabia fingida. Pero él traía una hoja en la mano. Había estado escribiendo. No una carta, no un poema, sino una canción.

—Tardé —dijo sin excusa—, pero vine con música.

Ella no dijo nada. Solo lo escuchó. Y mientras el agua seguía cayendo, él comenzó a tararear algo suave, algo que hablaba de lunas que se esconden para ser buscadas, de estrellas que se apagan cuando uno se va, y de una chica impaciente que no sabía que, en realidad, era la brújula de un corazón sin dirección.

Nadie más estaba allí. Solo ellos, la lluvia, y la canción. Pero aquel instante no necesitaba testigos. Porque había algo más fuerte que el tiempo: el presentimiento. Y ambos sabían que aquello que empezaba lento podía durar una eternidad.

Capítulo 4 – Los días que no existen

Dicen que hay días que no están en los calendarios. Días que nadie nombra. Días que pasan por debajo del tiempo, como si fueran secretos del universo. Él lo supo cuando despertó una madrugada con la sensación de haber vivido algo que nadie más recordaba.

Había soñado con ella. Pero no como siempre. Esta vez fue distinto: la había visto caminar bajo la lluvia, descalza, sonriendo como si supiera que lo estaba soñando. En su mano llevaba algo, pero él no podía ver qué era. Solo escuchó una frase antes de que despertara: “Te dejo esto donde solo vos lo vas a encontrar”.

No volvió a dormir. Se vistió, salió sin rumbo fijo y terminó, como si el destino lo guiara, en el parque. El quiosco estaba vacío, pero no solo vacío: parecía fuera del mundo. Como si hubiera quedado suspendido en ese otro plano donde ocurren los días que no existen.

Allí, en el banco más lejano, encontró una libreta. Vieja, húmeda, con las iniciales E.L. grabadas en la portada. No tenía nombre, ni dirección, ni explicación. Solo palabras escritas con tinta que parecía desvanecerse con cada página. La abrió. En la primera hoja solo había una línea:

“Cuando llegues al final, vas a entender por qué el principio nunca fue suficiente.”

Sintió un escalofrío. No era su letra, pero era como si la hubiera escrito él. O ella. O ambos en otro tiempo. Las páginas siguientes eran fragmentos, frases sueltas, símbolos, fechas que no existían en ningún calendario. Cosas que solo alguien que la conociera entendería.

Una página decía: *“Ella no soporta esperar, pero siempre lo hace.”* Otra: *“La luna no cuenta secretos, solo los guarda hasta que alguien los encuentre.”* Y otra más, casi ilegible: *“Hay días en los que el amor no aparece, pero igual está.”*

Desde ese momento, él entendió que la historia que vivían no era solo de dos. Era una historia escrita con el tiempo, en lugares que no siempre estaban en la realidad, y que si alguien más la

encontraba, probablemente no entendería nada.

Esa noche, bajo un cielo sin estrellas, supo que el amor que sentía por ella era más que palabras o encuentros. Era un rompecabezas. Uno que solo podía resolverse si aceptaba que no todo tenía que tener lógica. Que algunos días estaban hechos para no existir.

Y entre esos días invisibles, había uno donde todo había comenzado. Aunque aún no sabía cuál.

Capítulo 5 – Sombras que se quedan

En el parque, las sombras no siempre son lo que parecen. A veces, son recuerdos que se niegan a irse, susurros que se aferran a la piel del tiempo. Sombras que se quedan, aunque la luz cambie, aunque el mundo continúe girando y el calendario avance sin piedad. Así era ella: una sombra luminosa, una presencia que no podía ser contenida ni olvidada, un misterio que se desplegaba con cada paso, con cada silencio, con cada pausa inesperada.

Aquella tarde, la lluvia se había calmado, pero el cielo aún lloraba gotas dispersas que se perdían entre las hojas mojadas. Él la vio bajo el quiosco, sentada, la figura recortada contra el gris perpetuo, como una silueta de otro tiempo. No había prisa en sus movimientos, ni palabras que rompieran la calma tensa entre ellos. Solo un aire denso de algo no dicho, un lenguaje secreto que solo ellos entendían.

Las sombras que ella dejaba en su piel eran invisibles para el mundo, pero para él eran tatuajes indelebles, marcas suaves y profundas que el viento había escrito en su alma. Cada vez que ella se alejaba, dejando atrás un rastro efímero, él recogía esas migajas con cuidado, como quien busca un tesoro oculto en el fondo de un río oscuro. Porque sabía que esas sombras contenían la esencia de todo lo que había sido, y también de lo que aún podía ser.

Encontró, casi por casualidad, un pequeño papel arrugado en un rincón del quiosco, oculto entre las grietas de la madera. Lo desplegó lentamente, como si desentrañara un secreto sagrado. En él estaba escrita una frase que parecía escrita para cualquiera, pero él sabía que estaba dirigida exclusivamente a ella, a esa "ella" que siempre llegaba y se iba, que entraba en su vida como un suspiro para dejar el eco de su risa y la duda de su partida:

“No todos los adioses son finales. Algunos son promesas disfrazadas.”

Aquellas palabras golpearon su pecho con la fuerza de una verdad que no había querido enfrentar. Se preguntó cuántas promesas habían quedado ocultas en silencios, en ausencias que pesaban más

que cualquier abrazo. Cuántas veces ella había partido sin decir adiós, y cuántas él había esperado sin saber si algún día volvería.

La espera parecía interminable. Era un río sin cauce fijo, un mar donde las olas llegaban sin anunciarse, y la paciencia se desgastaba con cada instante. Ella, con su impaciencia tan propia, parecía querer romper ese ciclo eterno, ese vaivén de encuentros y despedidas que los mantenía atados sin cadenas visibles. Pero él también sabía que, sin esa espera, sin ese silencio lleno de sombras, nada tendría sentido. Que el amor que compartían se alimentaba de esas grietas, de esos espacios vacíos que solo ellos podían llenar.

Las sombras que ella dejaba no eran vacíos, sino espacios llenos de posibilidades. Lugares donde el tiempo se detenía y el amor crecía en las grietas del silencio, floreciendo en la incertidumbre y la distancia. En cada sombra que se quedaba, había una promesa no dicha, una historia sin contar, un recuerdo que se negaba a desaparecer.

Él caminó bajo el quiosco, tocando las vetas de la madera, como buscando la esencia de esas sombras que persistían, que lo envolvían como un susurro constante. Se dio cuenta de que ella no era solo un recuerdo o una presencia física: era la sombra misma que acompañaba sus días, la luz oculta detrás de la penumbra.

El parque entero parecía ser un santuario de esos momentos congelados, de esas sombras que se resisten a desvanecerse. Y mientras la lluvia comenzaba a caer de nuevo, suave, persistente, él supo que el misterio continuaba. Porque en cada despedida había un principio, y en cada sombra, una luz que nunca se apagaba.

Y así, entre la lluvia y las sombras, la historia que vivían se tejía, indescifrable para cualquiera menos para ellos. Un relato que se escribía con silencios, con ausencias, con promesas disfrazadas de adiós.

Capítulo 6 – Lo que el tiempo no revela

Hay secretos que el tiempo no se atreve a contar. Momentos que se deslizan entre los segundos sin que nadie los note. Y luego están los silencios, esos que pesan más que cualquier palabra, que abren puertas que nadie sabe si quiere cruzar.

Él se preguntaba a menudo qué era lo que ella veía en el vacío. ¿Era un reflejo de sus propios deseos? ¿O acaso una pregunta sin respuesta que solo la lluvia podía entender? Porque la lluvia, esa compañera eterna de sus encuentros, siempre parecía traer más preguntas que certezas.

Ella, con su mirada inquieta, caminaba entre dudas. A veces parecía buscar algo que no podía nombrar, algo que no podía alcanzar, aunque estuviera a centímetros. Y él, que siempre intentaba descifrarla, solo encontraba fragmentos, retazos de un enigma que se negaba a ser resuelto.

Los días se entrelazaban con la espera, con las palabras no dichas, con los planes que quedaban en la penumbra. Y mientras él construía silencios y pequeñas certezas, ella sembraba incertidumbre con cada gesto impaciente, con cada suspiro que parecía querer romper el tiempo.

Había momentos en que la distancia parecía un abismo, y otros en que se sentía tan cercana como el reflejo de la luna en un charco. Pero ninguna de esas sensaciones tenía nombre, ni forma. Solo un vacío lleno de preguntas que se repetían sin respuesta.

—¿Me amas o solo me esperas? —se preguntó una vez en voz baja, como si el aire pudiera darle la respuesta.

Pero el aire, fiel a su misterio, no dijo nada. Solo se llevó esa pregunta entre susurros, dejando que el silencio la hiciera suya.

Y así, entre lo dicho y lo callado, entre lo visible y lo oculto, la historia continuaba. Con la promesa de que, tal vez, algunas respuestas solo lleguen cuando el misterio se desvanezca. O tal vez, cuando la lluvia finalmente deje de caer.

Capítulo 8 – Ecos en la penumbra

A veces, el amor no es una presencia clara, no es una luz que guía con certeza el camino. Es, más bien, un eco. Un susurro que llega desde lo profundo de la penumbra, un murmullo que no se ve pero que se siente con fuerza, como la lluvia suave que cae sobre los techos y hace vibrar las ventanas con un ritmo antiguo y conocido.

Él había aprendido a escuchar esos ecos. No eran palabras, no eran promesas ni certezas. Eran fragmentos, destellos de un diálogo incompleto, un rastro de voces que se desvanecían antes de alcanzar la claridad. Y ella, con su presencia siempre esquiva, parecía una sombra que se movía al borde de ese misterio, invitándolo a perderse en el laberinto sin mapa que ambos habitaban.

En el parque, bajo la luz tenue del atardecer, los ecos se multiplicaban y se entrelazaban con el suspiro del viento y el olor a tierra mojada. No eran sonidos reconocibles, sino sensaciones, imágenes que llegaban como flashes: la curva de una sonrisa que no se atrevió a ser confesada, un silencio que se alargaba como si el tiempo mismo quisiera ocultar algo, una mirada que se perdía en el horizonte sin saber si volvería.

Él intentaba descifrar ese lenguaje hecho de sombras y suspiros. Cada eco parecía una pista, un mensaje cifrado que se repetía en su mente, una melodía incompleta que le recordaba a aquellas canciones que le había dedicado en noches de luna llena, cuando las palabras se desvanecían y solo quedaba el latido del misterio compartido.

Pero cuanto más escuchaba, menos entendía. Los ecos no se transformaban en respuestas. Solo creaban nuevas preguntas. Y en esa danza de incertidumbres, encontró una extraña belleza: la certeza de que el amor no siempre es para comprenderlo, para controlarlo o explicarlo. A veces, el amor es aceptar la imperfección, el silencio, la sombra, y seguir caminando sin certezas.

Ella parecía saberlo también. A veces se detenía a mirar al vacío, a la nada que él creía ver, como esperando que esos ecos le devolvieran algo más que preguntas. Quizás un sentido, quizás una señal,

quizás una palabra que calmara la inquietud de su alma inquieta. Pero los ecos solo respondían con más ecos, y la penumbra se hacía más profunda.

Él comprendió entonces que algunas sombras nunca se despejan. Que hay dudas que permanecen, que el amor no es un rompecabezas que se arma con piezas claras, sino un mosaico de fragmentos incompletos, de luces y sombras que se reflejan en el alma de quienes se atreven a amar.

Y en ese misterio, en ese laberinto de ecos y silencios, nació una historia sin principio ni fin. Una historia que se escribía con cada encuentro y se borraba con cada despedida. Una historia donde las preguntas eran tan importantes como las respuestas, y donde el amor se revelaba en la capacidad de sostener la incertidumbre sin perder la fe.

Porque tal vez, en el fondo, lo más verdadero no es entender, sino sentir. Sentir la lluvia, sentir la sombra, sentir el eco que, aunque distante, nunca deja de llamar.

Capítulo 9 – El susurro de los días perdidos

Hay días que se escapan sin que los notemos. Días que parecen deslizarse entre los dedos, como arena fina que nunca se detiene. Y, sin embargo, esos días perdidos son los que más pesan, los que guardan secretos que nadie recuerda, excepto el corazón que los vivió.

Él se preguntaba a menudo dónde se perdían esos días. Si eran simplemente minutos olvidados o momentos que el destino decidió esconder para preservar el misterio. Ella nunca hablaba de ellos, pero en su mirada había destellos de recuerdos que parecían querer salir, como un susurro que busca ser escuchado.

Cada encuentro entre ellos era una mezcla de presencias y ausencias, de palabras dichas y no dichas, de promesas veladas en silencios profundos. Y en ese vaivén, el tiempo parecía jugar en su contra, confundiendo lo que era verdad con lo que sólo parecía serlo.

Él sentía que había un susurro constante, una voz tenue que le hablaba de esos días que no existían para nadie más, pero que eran el tejido secreto de su historia. Una voz que le decía que el amor, a veces, no es una línea recta, sino un camino lleno de curvas, de paradas inesperadas y de senderos que no llevan a ningún lado.

Ella, con su impaciencia y su misterio, parecía saber que esos días perdidos eran la clave, pero nunca le revelaba cómo encontrarlos. Los buscaba en el eco de la lluvia, en el reflejo de la luna, en las sombras que dejaban sus pasos juntos y separados.

Y él, que la observaba desde la penumbra, comprendía que no se trataba de buscar respuestas, sino de aceptar que hay historias que sólo se entienden cuando se deja de querer entenderlas.

Porque, en el susurro de los días perdidos, hay una verdad silenciosa: que el amor es un enigma que sólo se revela cuando uno está dispuesto a perderse en él, sin miedo a no encontrar el camino de regreso.

Capítulo 10 – La calma antes de lo incierto

El parque guardaba un silencio que pesaba, como si el aire contuviera secretos demasiado grandes para ser dichos. La lluvia había cesado, pero su eco aún vibraba en las hojas.

Él estaba sentado, mirando sin ver, atrapado en preguntas sin respuestas. ¿Quién era ella realmente? ¿Por qué su llegada siempre dolía y esperaba a la vez? ¿Qué misterio ocultaba esa impaciencia que la hacía llegar tarde, pero siempre con algo que valía la pena?

No había certezas, solo una calma inquietante. La sensación de que aquello que creían entender era apenas un susurro en un laberinto mucho más oscuro.

Y mientras el sol asomaba, una última pregunta quedó suspendida en el aire, lista para romper el silencio:

—¿Y si todo esto fuera solo el comienzo?

Epílogo

El silencio volvió al parque, como una pausa entre dos respiraciones profundas. La lluvia se había detenido, pero su recuerdo persistía en el aire, en la tierra, en las hojas que crujían bajo los pasos invisibles del tiempo. Él siguió sentado en la banca, observando el vacío que ella dejó atrás, ese espacio lleno de preguntas que ninguna respuesta parecía alcanzar. Sabía que no había finales en esa historia, solo pausas. Solo momentos de calma antes de que la tormenta regresara.

Y mientras la noche se extendía, una certeza flotaba en la penumbra: que el amor verdadero no siempre se explica ni se entiende. Que muchas veces es un misterio envuelto en silencios, en esperas, en sombras que se quedan. El próximo capítulo estaba aún por escribirse. Y en esa espera, en ese misterio que se hacía más profundo, residía la promesa de que nada había terminado realmente.

Porque cuando la calma llega, solo es para prepararnos para lo incierto que está por venir

Sinopsis

En un parque donde la lluvia parece guardar secretos, dos almas se encuentran sin saber que sus destinos ya estaban entrelazados. Ella, una presencia esquiva y luminosa, y él, un guardián de silencios y misterios, viven una historia tejida con esperas, sombras y preguntas sin respuesta.

Entre bancas que no olvidan, susurros a la luna y días que no existen, esta historia no ofrece certezas, sino la magia de lo incierto. Un viaje poético y profundo donde el amor se revela en la espera, en las dudas, y en el misterio que habita en cada encuentro.

La calma antes de lo incierto es el primer paso de una saga que invita a perderse en el eco de las palabras no dichas y en el susurro de lo que está por venir.